

Bismarck frente al espejo

Vicente Gonzalo Massot*

Todo libro de memorias arrastra en su trajinar la vida de un hombre que, en calidad de autor o, si se prefiere, de cronista de si mismo, termina haciendo las veces de taumaturgo: persigue, por un lado, el propósito de revivir la historia ya recorrida y trata, por otro, de convertir a sus lectores en testigos privilegiados de un pasado irremediablemente perdido en el tiempo. De aquí el carácter necesariamente individual y subjetivo del género que nunca -por genuinos que resulten sus esfuerzos- puede evitar las trampas que le tienden los demonios de la parcialidad. Escribir en primera persona, asumiendo las mas de las veces el *peligroso* papel de protagonista absoluto, no es tarea fácil. Es que los *souvenirs* siempre tienen carácter histórico y toda historia, oral u escrita, es sin excepción una reconstrucción arbitraria. Bismarck confirma, al respecto, esta verdadera ley de hierro, razón por la cual en sus *Pensamientos y Recuerdos* -tal el título original que el propio Canciller de Hierro eligió para la obra- hay que ir menos a la caza de una prolija y pormenorizada reflexión acerca del pasado alemán que a la búsqueda de un cuadro de época en donde se percibe, de la primera a la última página, su pasión y beligerancia.

Las mencionadas *memorias* no fueron el solaz de un *canciller sin despacho*, como alguien definió a Bismarck apenas resultó despedido de su cargo por Guillermo II. En rigor, desde los inicios mismos de la década del '70, consumada ya la uni-

* Doctor en Ciencias Políticas y Profesor Titular Ordinario de la Universidad Católica Argentina (UCA).

dad alemana, el estadista que había sido su artífice comenzó seriamente a pensar en la conveniencia de escribirlas. Pero el trabajo era irrealizable aún en esos tiempos, en que al hacedor del imperio más poderoso de Europa le era pertinente ausentarse meses enteros de Berlín, y recluirse en alguna de sus posesiones lejos de la capital, sin rendirle cuentas a nadie. Es que Bismarck podía estar fuera de la *Wilhelmstrasse*, lo cual no implicaba desentenderse, ni mucho menos, de la enorme responsabilidad que pesaba sobre sus hombros. Tomar distancias de su despacho para redescubrir, en sus posesiones de *Varzin* y *Friedrichsruh*, el secreto encanto de la vida bucólica, significaba trasladar la cancillería de lugar, nada más. Por eso le confesaría alguna vez a su hija: “La política ni siquiera aquí me deja enteramente en paz... Ahora, como aquí no hay nadie que complique las cosas, Europa es siempre cuidada, peinada y cepillada por espacio de diez o quince minutos durante el desayuno”. Bismarck barajó entonces una idea de cumplimiento imposible, a la que solo pudo dedicarse –de una manera asaz particular como veremos– en los últimos años que dirigió los destinos de Alemania.

A fines de 1888 le encargó a un periodista de su entera confianza, Moritz Busch, la tarea de clasificar y seleccionar los documentos que podían resultar de utilidad a la hora de relatar su paso por la política, pero lo cierto es que el tiempo transcurrió sin remedio y poco si acaso algún trecho había adelantado al momento en que, forzosamente, pasó a situación de retiro. El mismísimo Busch cuenta haber encontrado a un Bismarck -ya entrado en años- en vísperas de abandonar para siempre el edificio de la *Wilhelmstrasse*, rodeado de cajas repletas de papeles oficiales que pensaba llevarse a *Friedrichsruh*. Intención, esta, que su sucesor, Leo von Caprivi -que lo estimaba poco y nada- se encargó de impedir. Instalado en el bosque de Sajonia, Bismarck mudó de opinión y la labor que en un principio le había asignado a Busch la dejó en manos de su ayudante personal y secretario por espacio de años, Lothar

Bucher, que había abandonado el Ministerio de Asuntos Exteriores en 1886 y, por lo tanto, aceptó servir a su viejo señor en la que sería, para él, la última partida.

En julio de 1890 el príncipe de Bismarck firmó contrato con la editorial *Cotta* de la ciudad de Stuttgart. Se comprometía a entregarle hasta seis volúmenes de sus memorias, a cambio de lo cual recibiría, por cada uno de los mismos, la suma de cien mil marcos. De haber vivido Bucher es casi seguro que el acuerdo hubiese sido cumplido, si no en su totalidad, al menos en gran parte. Sin embargo, luego de trabajar por espacio de veinte meses, poco más o menos entre octubre de 1890 y mayo de 1892 y de completar el borrador de los primeros libros que, al fin y al cabo, fueron los únicos, Bucher murió, durante una cura en el Lago de Ginebra, y Bismarck perdió así a un colaborador irremplazable.

Unido a lo dicho más arriba habrá que tener en cuenta los humores del Príncipe. Porque a partir de mediados de 1892 las *memorias* fueron y vinieron como bola sin manija. El editor, que desesperaba de verlas algún día en la imprenta, logró ablandar la tozudez del autor y quedó comprometido a tener listas, para octubre del año 93, las primeras galeras. Mas el anciano habitante de *Friedrichsrüh* era un perfeccionista, de modo tal que cuando recibió las pruebas de página, pluma en mano se lanzó a corregir el estilo aquí y la ortografía allá casi sin solución de continuidad. Comenzaba así a dilatarse la edición. No sólo eso. Al año siguiente, esto es, en 1894, las relaciones, hasta ese momento tirantes, entre el joven monarca y su excanciller cambiaron, al menos formalmente, fruto de una reconciliación que uno y otro interpretaron como un triunfo personal. Como quiera que haya sido y más allá de esa rivalidad de vanidades, Bismarck reconsideró seriamente la idea de publicar la parte final de sus *Pensamientos y Recuerdos*, que retrataban mal a Guillermo II. Por lo tanto, se abrió un nuevo compás de espera.

Que personaje de semejante importancia estuviese redac-

tando sus *memorias* no era una cuestión menor y dejó de ser secreto -si acaso lo fue alguna vez- muy rápidamente. Por de pronto distintas casas editoriales de primera línea intentaron cuanto *Cotta Verlag* ya había logrado, ganándoles de antemano. Claro que, al margen de la competencia entre los editores alemanes y extranjeros, estaba el gobierno. En 1895 el entonces canciller, príncipe Chlodwig Zu Hohenlohe-Schillingsfürst, enterado que su antecesor había terminado de escribir trató de comprar, a través de una compañía fantasma, los derechos de publicación a la editora *Cotta* por una cifra que orillaba el medio millón de marcos. Resultó un esfuerzo vano. Bismarck seguía sin decidirse respecto de la mejor oportunidad para que el mundo conociera su partitura, cuando murió el 30 de julio de 1898.

Tres días después de su deceso, el responsable de *Cotta Verlag*, Adolf Corner, viajó especialmente a *Friedrichsruh* con el objeto de reclamar las pruebas de página que Bismarck venía corrigiendo desde hacía años. Una vez más debió soportar el peculiar carácter de los hombres de la familia, sólo que esta vez el responsable de sus desventuras fue el primogénito del *Canciller de Hierro*, Herbert. Creyendo entender que no todas las enmiendas que deseaba incorporar su padre a la versión definitiva de la obra se hallaban trasladadas a las galeras, y que el trabajo requería una última vuelta de tuerca, convocó a Horst Kohl, profesor del *Gymnasium* en la localidad de Chemnitz y editor de diversos trabajos del ilustre fallecido. Kohl fue el encargado, contando con la colaboración de Herbert, de introducir no pocos cambios en el original, agregarle al mismo diversas notas, sumar cartas que el viejo canciller conservaba en su archivo personal e inclusive asumió la responsabilidad de enmendarle la plana en términos de estilo a un hombre que, al margen de su inigualable talento político, escribía estupendamente bien.

Las podas y retoques no llevaron mucho tiempo pero abultaron de manera considerable la cantidad de páginas. Así, el

primer volumen -de los dos que Bismarck y Bucher habían redactado- se desdobló y fue finalmente publicado en Stuttgart, en el mes de noviembre de 1898. El éxito que cosechó fue inmenso y convirtió al libro que tanto se hiciera desear en uno de los grandes best-sellers del siglo. En menos de un mes se habían vendido más de 300.000 ejemplares. Enseguida apareció otra edición que rápidamente agotó las 200.000 copias. Al propio tiempo, se lanzaba en las principales capitales europeas. La traducción española, de Montaner y Simón, lleva la misma fecha de edición que la de *Cotta Verlag*.

En cuanto al segundo de los volúmenes originales, que se transformó por las razones antes expuestas en el tercero de la serie, debió esperar hasta 1921 para ver la luz. De esta forma vino a cumplirse en buena medida la voluntad de su autor que antes de morir había manifestado, cierto es que informalmente, su deseo de que el primero se publicase a su muerte y que el siguiente sólo se imprimiese después de desaparecido Guillermo II ¿Por qué? Porque Bismarck no se llamaba a engaño respecto de las repercusiones que podían tener sus *recuerdos* políticos y, en última instancia, cualesquiera fuesen sus diferencias con el Kaiser, primó en él su celo monárquico. Es verdad que en 1921 Guillermo todavía vivía; también que el Imperio era cosa del pasado y que el último Rey se hallaba exiliado en Holanda.

Hasta aquí la historia de las *memorias*. Vayamos ahora a cuentas de su autor, en el momento en que tomó la pluma. Bismarck había nacido en el año de 1815 en el estado de *Schönhausen*, perteneciente a la marca de Brandenburgo. Ori-llaba los ochenta, pues, y era ya un héroe popular de dimensiones míticas al momento de convocar a Bucher. Esta realidad, en lo que tenía de notable y notoria, obraría un efecto decisivo sobre los *Pensamientos y Recuerdos*. Bismarck, a diferencia de tantas otras figuras políticas descollantes anteriores y posteriores a él, fue contemporáneo de su fama y recorrió la última vuelta de su camino en la vida consciente de cuánto

significaba en Alemania y en Europa toda. Halago -si cabe llamarlo así- sólo reservado a unos pocos y escogidos, que ningún otro hombre de su tiempo -ni Napoleón, ni Cavour ni tampoco el gran Benjamín Disraeli- tuvieron el privilegio de gozar.

Cuando en el mes de junio de 1892 el hombre al cual en sus años al frente del gobierno imperial apodaban “La Esfinge” decidió viajar a la capital del imperio austrohúngaro, su periplo estuvo jalonado por un sinnúmero de agasajos y homenajes que, a su paso por las distintas localidades, desde *Friedrichsruh* hasta Viena, incluyendo Berlín y Dresden, le tributaron multitudes enfervorizadas. Bismarck podía no ser santo de la devoción del Kaiser Guillermo II. Era, sin embargo, el ídolo indiscutido de sus compatriotas y de los vieneses que lo ovacionaron en cuanta oportunidad tuvieron, haciendo de lado cualquier rescoldo respecto de su pasada política, *vis a vis* Austria. Indistintamente alemanes y austriacos rivalizaron, es verdad que sin quererlo, en su afán por demostrarle al ya anciano Junker, afecto y reconocimiento. A tal punto llegó la adulación de Bismarck y de su mujer, que lo acompañaba, que los pedidos del Kaiser a su par germano, Francisco José, de no recibirlos a menos que aquel depusiese su desobediencia y le pidiese perdón, en nada empañaron la visita. Bismarck era considerado una figura de la dimensión de Federico II de Prusia y la veneración que motorizaba su nombre no resultaba ajena a esa necesidad, por momentos vital, de toda nación joven de identificarse e identificar su destino con el de un prócer. Tanto más si el mismo asumía las características, como en el caso de Bismarck, de leyenda viviente. Los alemanes no tenían que desandar la historia para reencontrarse con personajes de la talla de Federico Barbarroja, o de su homónimo, llamado “el Grande”. Bastaba trasladarse unas cuantas millas para verlo pasar a Bismarck, imponente a pesar de hallarse en sus ochenta, en cualquiera de los múltiples viajes que realizaba por el interior de Alemania, o tomarse el trabajo de escu-

char uno de esos encendidos discursos patrióticos que pronunciaba, de ordinario, cuando era saludado en el día de su cumpleaños, en *Friedrichsruh*, por sus devotos admiradores.

Es posible que algo de razón llevaran las reflexiones que el conde Kessler, recordando sus años mozos, hiciera respecto del Otto Von Bismarck que él había visto y oído, no sin cierta unción, en el balneario de *Kissingen*, junto a una hermandad de jóvenes universitarios. “Por la tarde invitó el Príncipe a seis estudiantes, entre los que me encontraba, a tomar con él café en la *Obere Saline*. En realidad era para beber vino espumoso. De manera fascinante nos hablaba el anciano [...] con un arte teatral mitad consciente y mitad inconsciente, [...] tan perfecto que daba la impresión de ser un rudo carácter de alemán del Norte. [...] ocurría que mientras más tiempo se le escuchaba, más intensa se hacía la impresión de que cuanto decía iba dirigido a una generación que pertenecía al pasado, o lo que era casi lo mismo, en todo se manifestaba la nostalgia de un pretérito que hubieran querido revivir, sin duda, los bañistas de *Kissingen*. Por eso, su conversación tenía, pese a su brillantez, algo de fantasmagórico...” Aún cuando Kessler estuviese en lo cierto, nada de eso percibían ni las multitudes germánicas ni el propio Bismarck, siempre pagado de si mismo, deseoso de poner en evidencia su superioridad política e intelectual y de defender su papel en la historia. Sobre todo frente al joven Kaiser, que lo había despedido de la cancillería, y a sus sucesores quienes, ni bien asumieron el puesto que él ocupara por espacio de casi dos décadas, redujeron a escombros el sistema de alianzas tan trabajosamente forjado con el propósito de que Alemania fuera siempre *una de tres* en ese mundo de cinco grandes potencias.

Apenas abandonado su despacho en la *Wilhelmstrasse*, Bismarck, sabedor del peso creciente que la opinión pública tenía en su país, se preocupó de tomar contacto con una serie de periodistas de renombre que desde entonces y hasta después de muerto, inclusive, sumaron ingenio y talento a la de-

fensa de su causa. Hugo Jacobi, editor jefe del *Münchener Allgemeine Zeitung*, cuya zona de influencia se extendía a lo largo y ancho del sur alemán, fue uno de ellos. El otro, Maximilian Harden, editor y fundador del *Zukunft*, le prestó invalorable servicios sobre todo entre 1892 y 1894, año este - como fue dicho más arriba- en que Guillermo II y Bismarck hicieron formalmente las paces. Por fin es menester señalar la presencia que tuvo Hermann Hofmann en la estrategia mediática del ex-canciller. A diferencia de los anteriores, la relación de Hofmann con Bismarck fue de estricta subordinación. Asiduo concurrente a *Friedrichsruh*, casi podría decirse que allí recibía de su dueño no solo una línea editorial a desarrollar desde las páginas del *Hamburger Nachrichten*, sino también una generosa retribución por sus servicios profesionales.

Bismarck, consciente de su fama y popularidad, se transformó entonces en celoso custodio del mito que lo envolvía. No inventó sus hazañas diplomáticas, pero supo cómo realizarlas; no forjó de la nada una leyenda -que había nacido con anterioridad- pero a través de la prensa nacional y extranjera, de discursos, artículos y reportajes se encargó de mantenerla vigente. Repárese, al respecto, en el hecho de que mucho antes de escribir sus *Pensamientos* y *Recuerdos*, una serie de colecciones de distinta índole ya apuntalaban la idea del *hombre excepcional*. Entre los años 1882 y 1911 Heinrich Ritter von Poschinger publicó más de noventa volúmenes dedicados a recoger desde aforismos hasta documentos oficiales de Bismarck. A su vez, Horst Kohl -tan devoto del personaje histórico en cuestión como von Poschinger- recopiló y dio a publicidad, por su lado, en catorce tomos, sus discursos parlamentarios, además de una crónica de su vida diaria hasta 1890 y dos libros de cartas: en el primero fueron incluidas las principales que habían intercambiado Bismarck y Guillermo I; en el segundo, más personal, aquellas que habían cruzado el Príncipe y su mujer desde que se conocieron. Lo importante del caso es que siempre, en mayor o menor medida, con más o

menos influencia sobre los autores, Bismarck no fue en modo alguno ajeno a estos proyectos. Sería un infundio ensayado a sus expensas sostener que lo consumía el deseo de figuración. Ni le hacía falta ni le quitaba el sueño. Simplemente, trató de no dejar nada librado al azar, al menos en cuanto se refería a su vida pública.

Esta veta de su carácter -le gustaba confesar que traía y tenía dentro suyo *un demonio teutónico*- resultó mucho más acusada cuando se encontró fuera de las esferas de poder, sin influencia alguna en la corte y hostilizado no sólo por el Kaiser sino por buena parte de sus ex-colaboradores. Apeló, pues, a unos pocos instrumentos que si bien no alcanzaban a compensar cuanto había perdido, enancados en su fama podían ser de todas maneras formidables: las palabras y las letras que hallarían su cauce y obrarían el efecto deseado por medio de la prensa y de las *memorias*. Estas, pues, formaron parte de la postrera estrategia de un maestro en el arte de la política cuya intención principal no era retornar a la cancillería ni ocupar una banca en el Parlamento. No importa cuantas fueran sus íntimas convicciones acerca de la ingratitud y de las limitaciones de Guillermo II, Bismarck no abrigaba la secreta esperanza de servir nuevamente al nieto como lo había hecho con su abuelo. Tampoco se imaginaba pronunciando encendidas parrafadas en la cámara alta del Imperio. El propósito por excelencia que lo impulsaba a actuar era permanecer activo y desempeñar una suerte de papel fiscalizador en la Alemania a punto de ingresar en el Siglo XX.

Puede que la intención última de no pocas *memorias* sea facilitarle a los futuros historiadores las claves de acceso a secretos que de otra manera no conocerían nunca; enseñarles senderos por los cuales jamás habían transitado antes o abrirles las puertas a intimidades que, en general, los documentos públicos no receptionan y las cartas privadas no registran. En parte ese fue el propósito del ex - canciller. Escribió sus *Pensamientos y Recuerdos* porque deseo legarle a las generaciones

venideras una suerte de resumen y compendio de su carrera política y de su tiempo histórico. Pero básicamente la necesidad de redactarlos nació de un estímulo político, presente en ese momento, y en tal sentido bien puede aplicárseles la profunda definición de Croce según la cual *toda historia es historia contemporánea*.

En su afán, por momentos desmesurado, de defender a capa y espada la política de alianzas a la cual se dedicó por entero desde 1870 y que, como sospechaba con algún fundamento, peligraba si era dejada en manos de Guillermo II y de Caprivi, no trepidó en asumir riesgos que a cualquier otro le hubiesen valido el mote de traidor. El 24 de octubre de 1896 entregó para su publicación, al *Hamburger Nachrichten*, el *Tratado de Reaseguro* con la Rusia zarista, que era, por motivos obvios, el secreto mejor guardado de la cancillería alemana. Llovieron entonces las críticas que en su contra afilaron, no sin razón, desde Guillermo II a Francisco José, pero el longevo habitante de *Friedrichsruh* apenas si se inmutó. Como seguramente no hubiese cambiado su rutina ni modificado su parecer sobre las principales figuras políticas de la época, que desfilan por las páginas de los *Pensamientos y Recuerdos*, si el libro se hubiese publicado años antes de su muerte e, indignados, aquellos hubieran reaccionado. Bismarck podía decir cualquier cosa.

La memoria es siempre selectiva y, si se quiere, caprichosa en todo aquello que atesora, razón por la cual no supone ni muchos menos levantar un agravio en contra suya decir que pondera o discrimina sus recuerdos ora de manera consciente, ora de forma inconsciente. Describe con precisión de centavo o deforma acontecimientos, inventa y recrea hechos con la misma naturalidad. Por eso al acercamos a este libro, como a cualquiera del mismo género literario, es recomendable la cautela. Las *memorias*, en resumidas cuentas, no importa si versan sobre la alta política o la vida cotidiana, son engañosas. Algo que el mismo Bismarck había notado en su oportunidad diciendo que desconfiaba de ellas porque eran siempre

apologéticas. Cuando el *canciller de hierro* cuenta, pues, su historia lo hace conforme a unos presupuestos en donde el rigor científico no es ni el convidado de piedra ni tampoco el principal patrón de medida. En parte porque, fruto de sus años, los recuerdos le son esquivos y le juegan una mala pasada. También porque matiza, realza, oculta o deforma de acuerdo a su propia conveniencia. El memorialista relata, en general, cuanto le importa y conviene. Lo cual parece obvio a poco de comprender que nadie, salvo excepciones, declara contra sí mismo.

Comencemos por lo que olvida -¿olvida?. Poco o nada dice, por ejemplo, de su familia y de sus colaboradores íntimos, siendo que la *petite histoire* cruza en diagonal los dos primeros tomos. Menos aún hace referencia a su gran amigo, Juan Motley, y apenas si menciona en una oportunidad, en el tercero de los volúmenes publicados, a quien fuera uno de sus operadores extra oficiales más importantes, el banquero de origen judío Gerson Bleichröder. Lo apuntado antes no es gratuito. Federico von Holstein -diplomático que conoció a Bismarck como pocos y a cuyas órdenes sirvió durante años en la *Wilhelmstrasse*- anotó en su diario que, fuera de Bleichröder, Herbert -el primogénito de sus vástagos- era la única influencia que contaba para el Príncipe.

Es posible que la ausencia manifiesta de sus tres hijos y de su mujer tenga explicación en la natural reserva que caracterizaba a los *junkers* de la Prusia oriental. Ventilar asuntos de familia en un libro de recuerdos hubiese resultado para ellos inconcebible. Así y todo Herbert merecía por derecho propio algún lugar, siquiera secundario, que el padre y autor le negó a propósito. Menos entendible es el caso de Bleichröder, que por ello mismo amerita un tratamiento cuidadoso. La relación entre el aristócrata prusiano y el hombre de finanzas judío, conocido por muchos, en su época, como “el Rothschild alemán”, es una historia fascinante y atípica, razón por la cual su *inexistencia* en estas *memorias* o, si se prefiere, el que no sea

mencionado, supone una *depuración* inaudita por parte del ex-canciller.

Durante largos y decisivos treinta años Otto von Bismarck y Gerson Bleichröder colaboraron codo a codo en el engrandecimiento de Prusia y en la *construcción* de Alemania. Aquel como supremo decisor de una política de poder que lo convertiría en el estadista más importante de su tiempo; este como banquero no solo personal del Príncipe sino también del Imperio. Carecería de sentido ensayar una serie de especulaciones respecto de lo que podría haber sido la historia alemana en el supuesto de que estos dos hombres, de suyo tan diferentes entre sí, no se hubiesen conocido. Es posible que, de no haber encontrado en su camino a Bleichröder, Bismarck habría trabado contacto con algún otro banquero por el estilo. Como quiera que sea, de la mano de los Rothschild apareció este personaje notable que se ganó la confianza de Bismarck y ofició, indistintamente, en una sociedad en donde los miembros de su raza no eran perseguidos, aunque sí discriminados, cual agente secreto, diplomático informal y financista oficial de un *junker* poco afecto a tejer amistades con o dar confianza a quienes socialmente pertenecían a un mundo distinto del suyo.

Nada invitaba a apostar a que la relación entre el noble prusiano y el banquero judío pudiese prosperar. Crease o no, sucedió lo contrario. Nunca fueron íntimos y Bleichröder, contra lo que podían pensar ciertos enemigos de Bismarck, ni por asomo hizo las veces de eminencia gris. *El padre José - Joseph du Tremblay*- trataba de igual a igual al cardenal de Richelieu porque sus valores, ideas, religión y ámbito cultural eran idénticos. Cuando la célebre batalla de *Breitenfeld* tocó a su fin, el cardenal sometió a consideración del Consejo de Estado el ofrecimiento que pensaba extenderle a Gustavo Adolfo conforme al cual Francia tomaría la orilla izquierda del Rin, Luxemburgo, el Franco Condado y el Mosela inferior. A cambio, el rey sueco pasaría a dominar todo territorio más allá del

Rhin perteneciente al Imperio de los Habsburgos. Quien se opuso y frustró la operación no resultó otro que su consejero. El caso de Bleichröder y Bismarck fue por entero diferente, lo cual no quita que se entendieran y sirvieran a las mismas causas sin mayores diferencias o disidencias.

Bleichröder no hubiese osado jamás discutir con el todopoderoso príncipe cuestiones de estado y, ni que decir tiene, corregirlo de la misma manera que el *padre José* lo hizo en más de una oportunidad con el no menos poderoso cardenal. Pero su poder, siempre indirecto y subordinado a los intereses de su señor, se recostaba en dos factores: por un lado, el dinero; por el otro, la información. En efecto, Bleichröder no solo llegó a ser el banquero más rico de Alemania sino también uno de los hombres mejor informados del Imperio. Mérito, este, común a los grandes financistas de la época -comenzando por los Rothschild- que le fuera reconocido por el propio Bismarck. Alguna vez confesó -y no hay razón para no creerle- que al través de Bleichröder recibía informaciones de la mayor relevancia, de París o de San Petersburgo, una semana antes que por los carriles normales de sus embajadores en aquellas plazas.

Es de imaginar la envidia y los celos despertados por este meritorio *parvenu* que en pleno Congreso de Berlín fue capaz de sentar a sus manteles de gala a Disraeli, Schuvalov y Andrassy juntos, mientras en una de las galerías de su magnífica mansión una orquesta especialmente contratada tocaba música de Wagner para deleite de las mayores personalidades políticas del viejo continente. La forma en que Benjamín Disraeli dio cuenta del evento social a la Reina Victoria, pone de manifiesto su importancia. Ahora bien, ¿por qué Bismarck lo expulsó de sus *memorias* siendo que lo tenía en su memoria? En tren de conjeturas, parece pertinente decir que no fueron celos o alguna presunta envidia de su parte los que podrían explicar la razón por la cual Bleichröder es un ilustre desconocido en esas páginas. Más bien habría que creer en el

mentado *demonio teutónico* que formaba parte de la personalidad de Bismarck a modo de una segunda naturaleza. Con todo, el motivo último por el que su banquero –de sus guerras y hazañas diplomáticas– fue excluido, se lo llevó a la tumba.

Hay otro personaje, como quedó expresado antes, que tampoco figura: el norteamericano Juan Lothrop Motley, a quien Bismarck conoció en el verano de 1832 y con el cual, desde entonces, compartió sus andanzas de estudiante. Motley, que años más tarde se destacaría en la carrera diplomática sirviendo a la cancillería de su país natal en Viena y en Londres, nada menos, fue también un aventajado historiador de la República holandesa. Había llegado a Alemania, desde *Harvard*, seducido por la bien merecida fama de las universidades germanas, y allí topó con el joven *junker* de la Pomerania. Cruzarse, intimar y hacer buenas migas en Berlín fue casi instantáneo. Compartieron, el atildado romántico de Nueva Inglaterra y el siempre desenfadado Bismarck, lances amorosos y lecturas clásicas: Shakespeare, Byron y Goethe eran sus favoritos. Si bien después, andando el tiempo, la vida los separó físicamente, Motley fue de los pocos amigos que tuvo Bismarck. Esta relación, nunca opacada, terminó con la prematura muerte del americano, ocurrida en 1877, dos décadas antes de la del alemán. Aun así, Juan Lothrop Motley literalmente no tiene cabida en los recuerdos escritos del viejo canciller, y no porque Bismarck no lo quisiese sino por una de esas rajaduras insondables de su carácter.

Por fin, en punto no a las personas sino a las cuestiones capitales de su gestión, Bismarck pasó como sobre ascuas por la *Kulturkampf*, a la cual apenas le dedicó un capítulo decepcionante y, al mismo tiempo, ignoró olímpicamente toda su política social. Pudo, es verdad, tenerla a esta última como menos lograda en comparación con otras hazañas en el campo de la diplomacia que llevan su impronta. Pero no fue de importancia menor. En realidad y aun cuando ponga en tela de juicio un sinnúmero de lugares comunes, interesadamente

cultivados en nuestros días, lo que se conoce como *estado de bienestar* fue, en su origen, una creación bismarckiana. No resultó casual que la legislación social adelantada por el entonces canciller de Guillermo I haya sido contemporánea de la ley antisocialista. Bismarck consideraba que un ambicioso programa de ayuda a las clases más necesitadas ayudaría a remover las causas que, según él, obraban el avance del partido socialdemócrata. Cabría decir, al respecto, que en ningún otro aspecto de su obra de gobierno quedó trasparentado, como en este, el propósito de retrasar la *revolución*, encabezando la *revolución*. El mismo se encargaría de recordarlo: “Si tiene que haber una revolución, preferimos hacerla a sufrirla”.

El *Canciller de hierro* inscribió, así, su nombre en una larga lista de aristócratas conservadores que comienza en la Atenas clásica con Cimón y tiene a uno de sus últimos epígonos en el primer ministro de Nicolás II, Petr Stolypin. Todos enfrentaron -salvando claro las diferencias de tiempo, lugar y cultura- el mismo desafío: cómo transformar la regresión en progreso, aun cuando ello significase entrar en conflicto con su propia clase social. Por supuesto que los *programas de bienestar* -si cabe la expresión, aplicada al mundo antiguo- de Cimón, Bismarck y Stolypin son desde un punto de vista incomparables. Aún cuando, al propio tiempo, latía en los mismos un afán político común: gestar la *revolución* desde arriba. Esta faceta y un aspecto anejo a la misma, el vínculo transitorio que enhebró Bismarck con el socialista Fernando Lasalle, le deben haber parecido de poca importancia al viejo *junker* al momento de escribir unas *memorias* de gran factura literaria. Porque Bismarck fue, y es bueno tenerlo presente, un finísimo escritor. Talento, el mencionado, tanto más notable cuanto que nada, como no sea uno de esos dones divinos, misteriosamente concedidos a unos y negados a otros, hacía prever que el ex-canciller venerado por la mayor parte del pueblo alemán y reconocido en vida por su pares y por aquellos que eran más que sus pares, los reyes de Europa, pudiese redactar sus *Pen-*

samientos y Recuerdos con un estilo tan elegante y sugerente a la vez.

Precisadas las omisiones del todo intencionadas -pues no resiste análisis insinuar que a Bismarck pudiera fallarle la memoria en punto a la importancia que, en distintos momentos de su vida, habían tenido desde su hijo Herbert a Motley y de Bleichröder a Lasalle- es del caso analizar lo que sí recordó y relató de manera exhaustiva. De principio a fin quedan transparentadas sus fobias, que seguramente harían las delicias de esos presuntuosos curadores de almas, caracterizados por su común horror a la sangre: los psicoanalistas. Quien, al respecto, se convierte en blanco de las mayores críticas es la emperatriz Eugenia, esposa de Guillermo I, pues Bismarck sospechó -a veces asistido de razón, otras sin ella- que era la causante de buena parte de las diferencias que, ocasionalmente, había tenido con su soberano. Cierto es que Eugenia mantuvo siempre, y lo hizo en forma abierta y hasta desafiante, fluidos contactos con los adversarios políticos del Príncipe, pero de ahí a convertirla en una suerte de archienemiga, mediaba un abismo. Bismarck, sin embargo, una y otra vez recuerda las presuntas conspiraciones de Eugenia tramadas en su contra.

El otro blanco de sus memorias fue el nieto de Eugenia, Guillermo II. A tal punto que este, enterado de cuanto a su respecto afirmaba Bismarck, trató por lo menos hasta 1921 de evitar la aparición del tercer y último tomo de *Pensamientos y Recuerdos*. Finalmente en ese año, cuando Guillermo ya se encontraba exiliado en Holanda, se publicó sin causar el estruendo que muchos imaginaron. Bismarck quiso dejar en claro -y lo hizo con lujo de detalles- la falta de experiencia y la soberbia injustificada del monarca que, tras jurarle admiración eterna, lo despidió veinte meses después de haberse hecho cargo del trono alemán. Al respecto, uno de los documentos más interesantes que intercala en sus *memorias* es la carta que el padre de

Guillermo, Federico III -de brevísimo reinado -le había

escrito en octubre de 1886 en donde le decía que debido a la vanidad y a lo presuntuoso del carácter de su hijo era peligroso que lo introdujera a los temas más importantes de la política exterior alemana. Si bien queda en evidencia hasta donde Guillermo II, celoso de la fama del *canciller de hierro*, se dejó ganar por la idea de que, en caso de permanecer Bismarck en el Gobierno, él se transformaría en una figura decorativa, se trasluce también en ese tercer volumen la desazón de un anciano célebre que no terminará nunca de perdonarle al joven e insolente Kaiser la osadía de aceptarle a él, nada menos, hacedor del Imperio, la renuncia a unos cargos que tal cual le dijera al Zar Alejandro III, en octubre de 1889, estaba seguro de conservar hasta el último de sus días.

Bien escaso –si se lo compara con las páginas dedicadas a la emperatriz Eugenia y al último Kaiser– es lo que Bismarck creyó necesario contar de su niñez e inclusive de su juventud. Apenas le dedicó a esos años el capítulo inicial y lo hizo por compromiso. Su existencia política –que es cuanto le interesó reseñar– dio comienzo en 1848, el año en que una tercera ola revolucionaria –después de las de 1789 y 1830– se abatió sobre la Europa monárquica enterrando, definitivamente, el orden forjado en Viena tras la caída de Napoleón. En 1848 Bismarck asistió a un espectáculo sobrecogedor que, según él, puso en tela de juicio su mundo y amenazó borrar de un plumazo buena parte de los valores que el futuro canciller, con la voluntad que parecía faltarle al rey de Prusia, se resistía a dar por clausurados. Hubo dos hechos que lo impactaron sobremedida: de un lado, el que los príncipes alemanes hubiesen desaprovechado la oportunidad, contando con la falta de decisión de la monarquía prusiana, de forjar la unidad nacional *desde arriba*; del otro, el horror profundo que le causó, a un hombre de orden, la anarquía, con la particular coincidencia que esta venía acompañada por la incapacidad de ejercer el poder de Federico Guillermo IV. En ese momento histórico, los revolucionarios que por doquier se rebelaron en el viejo

continente contra las potestades monárquicas triunfaron en Viena, Berlín, París y Milán casi al mismo tiempo. Lo que no había conseguido mellar la marea contestataria del 30 parecía a punto de consumarse dieciocho años más tarde. Claro que todos esos afanes, que en el caso de los estados alemanes traían a grupas las principales ideas del liberalismo decimonónico, no suponían -contra lo que creía Bismarck- un desafío, similar al menos, al lanzado en 1789 a expensas del *ancienne regime* francés. Es verdad, como se encargaría de proclamarlo el futuro *canciller de hierro* en el primero de los discursos pronunciados luego de finalizada la sedición, que el pasado había sido enterrado y la Corona había obrado como sepulturera. Sólo que ese pasado no arrastró consigo -como sí lo hizo en Francia- una historia y una tradición.

Se entenderá mejor la diferencia a poco de parar mientes y trazar un paralelo entre Mirabeau y Bismarck en punto a su actuación delante de dos revoluciones diferentes. El joven disoluto, tan juerguista como jugador empedernido que en 1789, de la noche a la mañana, se convirtió en un hombre de estado, tenía claro que la monarquía era tan necesaria como la constitución escrita. Ese gigante obeso, picado de viruelas, que congregó en torno suyo, a instancias de una oratoria impecable e implacable, a quienes en los Estados Generales le habían hecho el vacío, sabía que los franceses no eran "...salvajes recién llegados de las riberas del Orinoco para formar una sociedad. Somos -decía- una nación vieja, tal vez demasiado vieja para nuestra época. Tenemos un gobierno preexistente, un Rey preexistente y prejuicios preexistentes. Es preciso, en lo posible, acomodar todas estas cosas a la Revolución y salvar la subitaneidad del tránsito". En cambio, el formidable *junker* que, a impulsos de su celo conservador, se lanzaría sin pensarlo demasiado a Berlín ni bien estallada la revuelta en 1848, era un hombre de apenas treinta y tres años que creía a pie juntillas en la monarquía y no así en una constitución capaz de limitar sus poderes. A su vez, no dejaba de ser, a semejanza de

Mirabeau, un revolucionario de diferente especie: “Sólo los reyes hacen revoluciones en Prusia”, le dirá más adelante a Napoleón III.

El 3 de julio de 1790 Mirabeau besó en secreto la mano de María Antonieta en el parque de *Saint Cloud* y le dijo aquellas palabras famosas, acaso proféticas de no haber muerto prematuramente: “Madame, la Monarquía está salvada”. Mirabeau en efecto quería preservar el orden; lo que no significaba el antiguo sino uno susceptible de conjugar *historia y progreso; tradición y revolución; rey y constitución*. Tarea verdaderamente ciclópea, que solo un personaje de su talento político podía acometer. En cuanto hace a Bismarck, en los primeros días de Junio de 1848 fue introducido en *Sanssouci* y llevado ante el rey que le preguntó: “¿Cómo está usted?” A lo cual Bismarck respondió: “Mi humor era excelente, pero desde que la revolución nos ha sido inoculada por autoridades monárquicas y con el sello real, se ha vuelto malo”. Intervino entonces la reina que le reprochó al joven la impertinencia de dirigirse en esos términos al monarca. Bismarck detestaba la revolución y solo concebía frente a la violación del orden constituido una política de fuerza. Su frase, de todos conocida, dicha primero en 1862, y repetida hacia el final de sus días, en 1889, podría haberla pronunciado entonces ante Federico Guillermo IV: “Las grandes cuestiones de nuestros días no habrán de arreglarse por medio de discursos y decisiones de la mayoría [...] sino por medio de la sangre y el hierro” El también deseaba defender el orden, solo que incontaminado de liberalismo.

Mirabeau, dado a escándalos sexuales, dinerarios y políticos, era una fuerza de la naturaleza igual que Bismarck. La misma exuberancia, voluntad de poder, inteligencia práctica y energía para decidir y actuar en situaciones límite. Mirabeau se vendió con el propósito de llegar a Palacio y lo hizo -¡Oh! eterno e indescifrable dilema del fin y de los medios- con el propósito de tender un puente entre dos mundos. Careció de tiempo y de audiencia, salvo la que le concedió Maria Antonieta.

Murió temprana y desgraciadamente el 2 de abril de 1791. ¿Habrían cambiado las cosas en Francia de haber sobrevivido? Cuanto se preguntaba en el exilio León Trotsky, acosado ya por la sombra omnipresente de Stalin, respecto de si la Revolución bolchevique de octubre del 17 habría estallado y seguido los mismos derroteros en caso de haber faltado Lenin, cabría extenderlo a Mirabeau. Pero será siempre una pregunta sin respuesta. Bismarck, que tampoco encontró interlocutores de su talla y se estrelló contra la incapacidad de su soberano, tuvo la fortuna que le faltó al francés en varios sentidos. Por de pronto le sobraba salud. Más importante aún, su mundo no se había desplomado. La de 1848 fue una revolución que no merece la letra mayúscula. No por resultar insignificante sino por haberse quedado a mitad de camino. En 1789 se echó abajo un orden milenario y su resonancia llegó hasta los últimos confines del mundo conocido; en 1848 en Prusia se juró una constitución y el ruido que produjo fue semejante al de los juegos de artificio. En Francia se conmovieron los cimientos de un régimen que Mirabeau intentó salvar a condición de que aceptase subordinarse a la soberanía de la Nación, expresada en una carta constitucional. En Prusia, en cambio, faltó Robespierre y Bismarck, por tanto, fue innecesario.

Derrotadas sus ideas en 1848, será convocado de urgencia en 1862 por el entonces regente y futuro Kaiser de Prusia y luego del Imperio Alemán, Guillermo I. De no estallar ese año una crisis que parecía terminal entre Guillermo y el Parlamento, al extremo de que aquel pensó seriamente en renunciar, Bismarck hubiera permanecido en su cargo de embajador prusiano ante el gobierno de Luis Napoleón. Nada preanunciaba el desenlace que lo llevó a las puertas del poder, si bien él y su gran amigo, el general Alberto Roon, habían acordado una clave secreta para el caso de que la evolución de los acontecimientos hiciera necesaria la inmediata presencia de Bismarck en Berlín. Fue Roon, en persona, quien ante la

desesperación y enojo de Guillermo lo convenció de que el hombre para ese momento verdaderamente decisivo no era otro que Bismarck. Un hecho excepcional, esto es, fuera de lo ordinario, requería un canciller distinto, no convencional, capaz de combinar la seducción con la violencia, la frontalidad con el engaño, la astucia del zorro y la fuerza del león, para ponerlo en términos *paretianos*.

El encuentro de Bismarck con Guillermo I, a quien sirvió sin desmayo hasta su muerte, es una de esas relaciones que raramente se han dado en la historia entre dos personalidades distintas y, al propio tiempo, superiores. Distintas por su linaje, poder e inteligencia. Superiores por la nobleza con que el monarca reconoció tácitamente su inferioridad política delante del canciller, sin por ello envidiarle o suponer que su carácter soberano fuese a sufrir mella en virtud de esa delegación del poder capaz de decidir la marcha del Imperio; pero también por la grandeza del subordinado que en ningún momento -inclusive en medio de las discusiones más enconadas- perdió el sentido del respeto y de la lealtad que le debía y lo unía al Kaiser. Bismarck pensó en renunciar en más de una oportunidad ante disidencias que consideraba insalvables con Guillermo I, aunque siempre, a último momento, primó la prudencia en uno y otro. Ahí está para probarlo, por si faltasen otras evidencias al respecto, las palabras de aquel cuando en 1877 Bismarck, en uno de esos raptos de iracundia, en él tan comunes, le presentó su dimisión: “¿Será preciso que me desacredite en mi vejez? Es una deslealtad en usted abandonarme así”.

En la historia de Europa hay dos ejemplos arquetípicos de un vínculo semejante, habido entre monarcas que, sin abdicar su poder, delegaron su ejercicio en primeros ministros cuya importancia terminó por eclipsar la de aquellos. El binomio -si cabe la expresión- conformado por Luis XIII y el cardenal de Richelieu es solo comparable al de Guillermo I y Otto von Bismarck. Si bien de ambos reyes puede decirse que acertaron

no solo en la elección de sus colaboradores, sino también en la confianza que depositaron ininterrumpidamente en ellos, los hombres sobresalientes resultaron, en ambos casos, los subordinados y no los soberanos. Porque el poder de Richelieu y de Bismarck tuvo siempre algo de vicario o, si se prefiere, de bien *prestado* por quienes con solo un gesto hubieran podido despedirlos en menos de lo que canta un gallo. Que ello no sucediese revela hasta donde esa relación, forjada en un común interés por la *salus publicae*, era blindada.

Más allá de su ligazón con Luis XIII el uno, y con Guillermo I el otro, las de Richelieu y Bismarck parecen, por momentos, *vidas paralelas*, como se encargó de resaltarlo Hilaire Belloc en su biografía del primero. El cardenal elevó a topes nunca antes vistos la *razón de estado* en una época donde todavía regían -sobre todo en la Europa cristiana- principios comunes de comportamiento político. Rodeada como se hallaba Francia por el poder de los Habsburgos, todo debilitamiento hecho a estos y, de manera especial, al emperador Fernando II suponía, automáticamente, un fortalecimiento de Francia, que para Richelieu era el principal objetivo de su estrategia. “El hombre -decía- es inmortal y su salvación está en el mas allá. El Estado, en cambio, no es inmortal; su salvación es ahora y acá o nunca”. Que de semejante axioma dedujese la conveniencia de apoyar a los príncipes protestantes podía espantar a quienes cerraban filas para luchar por el triunfo universal del catolicismo y la unidad metafísica de Europa pero no a él, príncipe de la Iglesia, convencido siempre de la primacía francesa. No distinto fue el realismo del prusiano. Si su ideal, en punto al manejo de la política exterior, era “la ausencia de prejuicios”, parece lógico que confesara aquello de “soy leal a mi príncipe, pero no a los extranjeros”. Conservador en Prusia y Alemania, nada le impidió, cuando hizo falta en aras de la unidad del reino, secundar los planes revolucionarios húngaros contra la monarquía austriaca o preferir a los socialistas y no a los reaccionarios en el mando de la Tercera República gala.

Mientras Francia no estuviese pacificada y debidamente consolidado el poder de la monarquía de Luis XIII, Richelieu evitó la guerra abierta contra el Imperio, sin que ello obstara para desarrollar una suerte de estrategia de aproximación indirecta: subsidiar económicamente el esfuerzo bélico de los príncipes protestantes contra los Habsburgos. Sus objetivos eran claros: Francia en el Rhin; la conquista de las llamadas fronteras naturales; la desunión germana y la derrota del Imperio. A los efectos de conseguirlo ejerció, con el apoyo de Luis XIII, una verdadera dictadura y no trepidó, llegado el caso, en ejecutar a Montmorency, un príncipe de sangre, o en aplastar al partido hugonote que amenazaba crear un estado dentro del estado. El hecho de que sus imprescindibles aliados exteriores, los protestantes, fuesen a la vez sus principales enemigos internos podía –para Richelieu– ser una paradoja, nunca una aporía o una contradicción

Bismarck, por su lado, entrevió desde un primer momento que toda acción necesitaba subordinarse a “la autonomía de la Nación y de sus soberanos”, empresa esta en la que Prusia tarde o temprano debería dirimir supremacías con la monarquía vienesa. En vísperas de la guerra contra Austria pocos, si acaso alguno de los poderes reales de Prusia, estaban dispuestos a respaldarlo, y mientras los liberales levantaban en su contra la acusación de que era responsable de una innecesaria política belicista, sus aliados conservadores retrocedían horrorizados ante la quiebra de los lazos que unían a las dos casas dinásticas. Frente a la adversidad Bismarck redobló la apuesta y, contradiciendo un sinfín de vaticinios ominosos respecto del destino que tendría reservada la dinastía de los *Hohenzollern* si era derrotada, demostró su determinación de poner punto final a la disputa por la primacía del mundo germánico. Era más prusiano que conservador, de la misma manera que Richelieu era más francés que católico obediente. Lo que hizo desde que le fue otorgada la jefatura del gobierno, hasta su despedida de la *Wilhelmstrasse*, tuvo un propósito claro

e inequívoco: forjar la grandeza de Prusia y de Alemania en ese orden. El también se valió de facultades extraordinarias al punto de que el embajador británico ante la corte de *Sansouci* lo calificó de “dictador”, no en el sentido abyecto con que resuena la palabra en nuestros oídos hoy día, sino en el sentido de que era el supremo y omnímodo hacedor de la política germana.

El Cardenal de Richelieu, como Otto von Bismarck, dejaron atrás suyo mundos radicalmente distintos de los que habían encontrado al instante de tomar en sus manos las riendas del poder en Francia y Prusia. Es posible que -situados ante el tribunal de Dios- tuviesen que expiar no pocos pecados, pero su vida, tanto la de uno como la de otro, fue una sucesión de triunfos forjados al través de la astucia y la fuerza; la inteligencia y la discrecionalidad; el genio estratégico y el toque de suerte; el realismo llevado a sus extremos y la recusación de cualquier tentación romántica aplicada a los asuntos públicos. Pensaban de manera idéntica con referencia a los medios indispensables para consumir los fines políticos que se habían propuesto. Enseñó el ministro de Luis XIII a “... contestar a las preguntas de manera que, evitando el descrédito que sigue a la mentira (descubierta), se eviten también los peligros de decir la verdad...”. En el mismo sentido acotó, dos siglos más tarde, el canciller de Guillermo I: “Si no puedo mentir, no puedo hacer política”. Hasta aquí la comparación.

De regreso a las *memorias*, es fácil darse cuenta que el tema sobresaliente de las mismas es aquel por el cual su autor ha pasado a la historia como un genio: el manejo de las relaciones exteriores de Prusia y de Alemania conforme a los presupuestos de la *Realpolitik* y a la defensa de un equilibrio de poderes de carácter no ideológico. La estrategia no era nueva. Tucídides, en su obra clásica, señaló que el equilibrio de poderes había sido “la eterna política del rey de los persas”. Como la cuestión es de importancia fundamental en la carrera de Bismarck, resulta menester detenernos en algunos aspectos

generales de la constitución europea de la época para entender, en toda su dimensión, la labor arquitectónica del *canciller de hierro*. Bismarck fue siempre y ante todo un prusiano de puro cepa, algo que le recordó -no sin algún rencor- hasta el último de sus días Guillermo I. Alemán lo fue por necesidad, sin que la afirmación predicha lleve el propósito de menguar los timbres de patriotismo que este hombre formidable dejó acreditados en la historia como hacedor de la unidad del país al que sirvió. Nada preanunciaba en 1862 que Bismarck terminaría siendo su artífice. Si el destino existe y es inevitable, también resulta desconocido, de modo tal que cualquier presunción según la cual Bismarck llegó al gobierno con un plan conforme a cuyos lineamientos desenvolver la política exterior prusiana, es falsa. Si lo caracterizó un acentuado y obstinado realismo, que si bien no era capaz de servirle en bandeja de plata un recetario de verificación infalible, al través del cual guiarse en ese verdadero laberinto de la contingencia en el que se mueve la acción política, le evitó toda concesión idealista respecto del manejo de las relaciones internacionales.

La política admite ser comparada, según las circunstancias, con una partida de póker o un juego de ajedrez. En la Europa de Bismarck ciertamente se parecía más a aquella que a este. Es que esa Europa, en punto al poder real, era un escenario de cinco grandes potencias, cada una con sus respectivos intereses y un objetivo prioritario, vital: Rusia, la llegada a los mares calientes -el Indico y el Mediterráneo- y el manejo de los estrechos del Mar Negro, obviamente a costa de Turquía; Francia, la recuperación de Alsacia y Lorena y la superación del aislamiento a la que la había condenado el sistema de alianzas de Bismarck; Austria, el control de la cuenca del Danubio; Inglaterra, el mantenimiento del equilibrio de poderes en el continente que impidiese la aparición de una potencia hegemónica, y el control de los océanos; y, finalmente, Alemania, la preservación de ese mismo equilibrio para evitar encontrarse en la peligrosa posición del jamón de sándwich -entre Rusia y Fran-

cia- como alguna vez lo definiera el *Canciller de Hierro*. Las sucesivas alianzas que Bismarck imaginó y llevó a la práctica, quizás como ninguno de sus contemporáneos, tuvieron el propósito –exitoso en su tiempo- de exorcizar la “pesadilla de las coaliciones” que pudieran ensayarse a expensas de Alemania.

Bismarck no era un equilibrista que obraba, en los asuntos diplomáticos, a tontas y locas o un conservador empedernido que buscaba forjar acuerdos con otras potencias sobre principios ideológicos afines. Era consciente -como le escribió a Gottfried Kinkel, un historiador del arte residente en Zurich a quien había conocido años antes de la guerra franco-prusiana- de que todo su poder e inteligencia no podían contra determinadas fuerzas sociales, culturales y políticas las cuales, en su decurso, condicionaban y hasta, en casos, determinaban la voluntad de los hombres y de las naciones “A esas corrientes yo no puedo dirigir las y menos aún puedo crearlas”. No había, pues, en el sistema bismarckiano cosmovisiones comunes -como en la Santa Alianza- sino necesidades compartidas entre potencias que de hecho vivían enfrentadas y, sin embargo, apostaban a conservar el *statu quo*. Ese orden no se sostenía en términos de una determinada legitimidad monárquica, como el de Metternich. Se basaba en un puro equilibrio en donde lo que contaba era el peso específico de las naciones y no los criterios con arreglo a los cuales estas ordenaban sus derroteros internos.

En realidad, cuando se desplomó la Santa Alianza, lo que quedó fue un *mapa* de cinco grandes desnudo de toda doctrina. El equilibrio de poderes forjado entonces mantenía a las potencias en estado de rivalidad y de competencia unas contra otras, aunque, en conjunto, todas eran conscientes de sus ventajas. Como cualquier otro de su tipo conocido en la historia, ese equilibrio no era un reaseguro de carácter absoluto para el mantenimiento de la paz en el viejo continente, ni pretendía lograr una armonía perfecta entre los poderosos de la época. Era, eso sí, una notable arquitectura política de pesos y con-

trapesos en constante interacción. Si una de las naciones desaparecía, el edificio se desmoronaría sin remedio. Por eso la clase de bóveda del mismo consistía, justamente, en la permanencia de Rusia, Francia, Austria, Inglaterra y Alemania aun cuando fuesen rivales.

Hay, en las *memorias*, un cruce epistolar imperdible de Bismarck y su amigo y prominente miembro del partido conservador, Leopoldo von Gerlach, que data de 1857. Como este insistía en que el móvil por excelencia de la política prusiana debía ser “la lucha contra la revolución” y que, por lo tanto, “sólo merece confianza aquel que obra en virtud de principios fijos y no según intereses variables...”, Bismarck le responderá que, precisamente, las alianzas no son otra cosa que la expresión de una comunidad de intereses, de suyo pasajeros y flexibles. La conveniencia o no de forjar una alianza en ese momento de la historia no dependía, pues, de razones ideológicas sino de necesidades prácticas. “Nunca he sido un doctrinario -sostenía Bismarck-; liberal, reaccionario, conservador son términos que no dicen nada... Algunas veces uno debe gobernar de manera liberal y otras dictatorialmente. No hay reglas eternas”.

El canciller alemán, aunque agitase el fantasma ideológico para convencer a los monarcas de San Petersburgo y de Viena de actuar en conjunto tenía, al respecto, una desventaja si se lo compara con la política de buena vecindad entre Austria y Rusia pergeñada en 1815 por el príncipe Clemente de Metternich. Este podía esgrimir, como prenda de unión, el espectro de 1789, mientras aquel no. La Contrarrevolución con mayúsculas y en singular carecía en 1870 del significado que había tenido después del guillotinado de Luis XVI y, aunque con menos fuerza, hasta 1848. Metternich, a diferencia del *canciller de hierro*, era contemporáneo de la destrucción del *antiguo régimen* por efecto de la trilogía revolucionaria condensada en esas tres palabras símbolos: Libertad, Igualdad Fraternidad. Pero había, en favor de Bismarck, una venta-

ja en la medida en que no existían en su mundo *profetas armados* de tipo comunista, como sucedería mas tarde, a partir de 1917, o jacobino, como había sucedido antes, a contar desde 1789. Todo era negociable en la Europa bismarckiana. Ninguna de las cinco grandes potencias reivindicaba para sí el cumplimiento de una misión revolucionaria de alcances ecuménicos o se arrogaba el don de estar bendecida por el sentido de la historia. Para el canciller prusiano jugar con el fuego subversivo en un continente sin planteos radicalizados ofrecía pocos riesgos. Los contestatarios podían inclusive servir sus planes sin perturbar el orden que él deseaba mantener. Habría sido imposible, en cambio, montar esa delicada arquitectura si en el horizonte se hubiese recortado la sombra armada de Robespierre o de Lenin.

Bismarck, claro está, prefería obviar cualquier tipo de alianza con el partido revolucionario, tal cual se lo explicó a Gerlach y a Manteuffel, en 1858. No obstante, una cosa era ser conservador prusiano y otra, harto distinta, dirigir la política exterior prusiana en clave conservadora. Podía pactar con León Gambetta antes de sentarse a negociar con cualquier descendiente de los borbones; le hubiera sido imposible hacerlo si delante suyo hubiese estado León Trotsky. En esto, obviamente, consistía la ventaja antedicha que Bismarck aprovechó en toda su dimensión ni bien puso término a lo que podríamos llamar, provisoriamente al menos, su etapa bélica. Las contiendas limitadas de 1864, 1866 y 1870 culminaron con tres victorias consecutivas de una Prusia convertida, por la fuerza de las armas, en Alemania. En ese instante comenzó para Bismarck una paciente empresa de construcción de la paz entendida como equilibrio de enemistades y basada en la autorrestricción de sus principales beneficiarios a hacerse la guerra. Paz, esta, de compromiso, en la cual la seguridad colectiva dependía del convencimiento tácito de las cinco grandes potencias de evitar y combatir -si acaso fuese necesario- cualquier tentación hegemónica.

Al abandonar la *Wilhelmstrasse* y refugiarse en los bosques de Sajonia, entre otras cosas para escribir unas *memorias* que al compás de una prosa exquisita recreasen los trabajos y los días de su época, Bismarck hizo lo que todo vencedor: tratar de convertir *su* historia en *la* historia. Sus *Pensamientos y Recuerdos* fueron los de un “revolucionario blanco”, para utilizar la feliz expresión de su mayor admirador contemporáneo, Henry Kissinger. Pero son –en tiempo presente– por su vigencia, la expresión literaria de un genio de la estrategia de alternativas que transparentan, al correr de la pluma, un carácter lleno de contradicciones, tan rico en matices de soberbia y egoísmo, como de lealtad, patriotismo e inteligencia.